

nos. Como una revuelta de la Galia, originada por este movimiento les sirviese de poderosa ayuda, los conjurados residentes en Roma estrecharon á los embajadores de los alobrogos á sublevar á sus compatriotas. Pero no contentos éstos con revelar á Ciceron semejantes tentativas, se humillaron por su consejo á desempeñar el deshonoroso papel de espías, y continuaron la negociacion hasta que arrancaron á los conjurados un tratado con las firmas de los principales de ellos. Fuerte con este documento Ciceron, que jamás se presentaba en público sino ciñéndose con una gran coraza, á fin de ponerse á cubierto de los puñales que veía donde quiera, manda aprisionar á Lentulo, á Cepario, Gabinio, Estatilio, Cetego, en cuya casa encuentra armas y materias combustibles. Lentulo reconoció haber escrito la carta á los alobrogos: creíase asegurado por la ley Semproniana, que permitía á un ciudadano romano prevenir la pena capital con un destierro voluntario. Pero aquel mismo Ciceron que habia celebrado á los antiguos romanos de que, no guardando en la ciudad emancipada ningun vestigio de la crueldad régia, habian querido proteger la libertad, no por el rigor de los castigos, sino por la dulzura de las leyes, insistió entonces en que Lentulo fuera condenado al último suplicio (63). Tambien abundaban los senadores en esta opinion que les sugeria por otra parte el miedo; pero era impugnada por L. Neron y por J. César. Especialmente este último desplegó grande energía.—La cólera y la compasion, dijo, son malas consejeras. Nuestros padres perdonaron á los rodios á trueque de que no apareciera, les habian tentado sus riquezas. Vanamente violaron los cartagineses treguas y tratados, nunca imitaron su ejemplo. Proceded del mismo modo; no penseis tanto en el crimen de Lentulo, como en vuestra dignidad propia; no tanto en vuestra ira, como en vuestra fama. Os han bosquejado los preopinantes los terribles males que engendran las guerras civiles ¿y con qué objeto? ¿se necesitan palabras para excitar á los demas á sentir las injurias padecidas? Pero el que se halla colocado á grande altura debe preservarse de todo exceso. Tampoco sé siquiera por qué se decreta la pena de muerte contra los culpables y no la flagelacion del mismo modo. ¿Es acaso porque lo pro-

hibe la ley Porcia? Pero vosotros violais otras leyes, que prescriben que hombres acusados de semejantes delitos tengan la facultad de deterrarse. ¿Qué miedo puede existir despues de haber reunido nuestro cónsul tantas fuerzas? Recordad que todo mal ejemplo se deriva de buenos principios. Anunciáronse los treinta tiranos de Atenas por condenar á gentes odiosas y el pueblo se regocijó de ello, pero cobraron audacia y acabaron por inmolarse á su antojo á los malos y á los buenos. Asi en nuestro tiempo, cuando Sila mandó ahorcar á Damasipo y á otros miserables, le aplaudieron todos; pero bien sabeis á cuan terrible matanza sirvió aquello de principio. No podemos temer lo mismo de Ciceron ni de nuestro tiempo; mas si á ejemplo suyo desenvaina otro cónsul la espada ¿quién podrá contenerle?

Todo fué en vano; aclamóse la seguridad del Estado, ó más bien el miedo, como principio de la justicia suprema, y por toda respuesta á las razones que habia alegado, se vió acusado César de complicidad con los conjurados. Sus relaciones de amistad con Catilina, la interpretacion un poco lata de algunos papeles, hubieran arrojado indicios para intentar un proceso en contra suya, si Ciceron no hubiera temido que el gran número de personas adictas á César, queriendo salvarle, hubiera determinado la absolucion de todos. Al salir del Senado corrieron los satélites del cónsul en pos de su huella; pero Curion le cubrió con su toga, y Ciceron hizo seña de que le dejasen libre. Tambien fué denunciado Craso, si bien tampoco se le persiguió, sin duda por el mismo motivo.

Por lo que hace á los demas, se decidió que como enemigos de la patria no eran ciudadanos; pronúnciase, pues, contra Lentulo y sus cómplices sentencia de muerte. Aun cuando ya era tarde al levantarse la sesion, el cónsul, en el fervor de su celo, se dirigió á las cárceles para ser testigo del suplicio de los reos. Terminada la ejecucion anunció él mismo, *que habian vivido*. Pudo, pues, ir al dia siguiente á tranquilizar á los quirites, y á decirles que por un efecto del amor particular de los dioses inmortales, les habia libertado, merced á sus esfuerzos, á sus fatigas, á su prudencia, al riesgo de su propia vida, de las llamas, de la cuchilla y casi de los brazos de la muerte, para restituir-

les la república, sus vidas y haciendas, sus fortunas, sus mujeres, sus hijos, la capital del glorioso imperio, la ciudad bella y venturosa. Entonces los senadores y el pueblo le proclamaron padre de la patria, libertador y segundo fundador de Roma; otros habian extendido las fronteras de la república, pero él la habia salvado aquella noche de su ruina.

Era fácil degollar cautivos y más árduo sujetar á enemigos armados. Propúsose, pues, llamar á Pompeyo del Asia (62). Como Ciceron hubiera perdido de este modo la gloria de haber apagado el incendio, César apoyó con calor la propuesta; y Caton, que la impugnaba con vivacidad extremada, fué arrancado por él de la tribuna con auxilio de los tribunos. Estos fueron expulsados de aquel recinto en castigo de su audacia, y se quitó la pretura á César, que, sometiendo dócilmente al castigo, mereció que le perdonara el Senado.

Entre tanto no se dormia Catilina. Ya era tan inmensa su confianza en las inteligencias que se habia proporcionado, que rehusaba la ayuda de los esclavos agrupados en torno de sus estandartes, á fin de que no apareciera que convertia la causa de los ciudadanos en la de los esclavos rebeldes. Dirigiéndose desde la Etruria á la Galia, siempre propensa á sublevarse, le cerró el paso el cónsul Q. Metelo Celer, que le aguardaba á la falda de los Apeninos. En breve se presentó Antonio á su retaguardia; de modo que colocado entre dos enemigos le fué forzoso aceptar la batalla. Dióse cerca de Pistoya y se disputó la victaria con extremado encarnizamiento. Catilina murió peleando heroicamente, y con él tres mil conjurados que habian acreditado un valor digno de mejor causa.

Es ocioso preguntar si Marco Tulio se desvaneció en la embriaguez de su orgullo hasta el punto de creerse un héroe y de celebrarse por sus altos hechos. *Cedan las armas á la toga*, exclamaba; *¡Oh Roma afortunada, bajo mi consulado nacida!* Cuando terminó su cargo quiso dirigir al pueblo un largo discurso; habiéndoselo impedido un tribuno del pueblo, no juró segun costumbre, no haber hecho nada en perjuicio de la república, sino haberla salvado por sí solo. Con tales jactancias se atrajo la envidia y la malevolencia. Decian de él sus enemigos.

Es el tercer rey extranjero que tenemos despues de Tacio y Numa; y aguardaban el instante y el lugar favorables para hacerle expiar aquellos triunfos de su vanidad.

CAPITULO XXXVI

Primer triunvirato.—César en las Galias.

Ocupado Pompeyo en Asia contra Mitrídates, habia permanecido ajeno á aquellas turbulencias. Su regreso inducia á temer nuevas conmociones; pero áun siendo su designio hacerse dueño del Estado, veía que el más seguro medio de conseguirlo era evitar que nadie lo sospechara. Así pues tan luego como hubo licenciado su ejército y subido en triunfo al Capitolio, aparentó no curarse de los negocios públicos. Cuantos le habian inducido á licenciar sus tropas, apenas puso el pié en Italia, le estorbaban á sazón en cuantos proyectos concebía. Ya era Lúculo, que no pudiendo perdonarle el haber llegado al Asia á arrebatarse los laureles que habia cogido, nunca dejaba de salir de su muele retiro siempre que se trataba de contrariarle; ya era Craso, irritado de que le habia hecho perder el triunfo sobre Espartaco, quien ponía en la balanza su oro contra el crédito militar de su antagonista; ya era César, que desde sus primeros pasos le consideró como un estorbo; ya era, en fin, Ciceron, á quien habia encumbrado sin conocerle y á quien procuraba derribar por envidia ahora que le veía ejercer un poder inesperado.

A pesar de todo consiguió que fueran nombrados cónsules dos amigos suyos, Q. Metelo y Afranio (60). Pero éste era incapaz y el otro le profesaba rencor secreto porque habia repudiado á Mucia su hermana, y cuando Pompeyo propuso en el Senado sancionar por un sólo decreto lo que habia hecho en Asia y distribuir tierras á sus soldados, fueron desechadas sus peticiones. Hizo que de nuevo se propusiera por un tribuno, quien encontrando una oposicion tumultuosa, hizo arrestar al cónsul Q. Metelo; pero temiendo Pompeyo atraerse la hostilidad del Senado, dispuso se le pusiera en libertad. No desdeñó, sin embargo, unirse despues, á Publio Clodio, hombre lleno de crímenes y por quien trabajó para que se le nombrase cónsul; enajenóse con este acto la voluntad de Ciceron

y de muchas personas honradas, sin tener des- entonces mas apoyo que la faccion popular.

Habia obtenido César despues de su pretura (61) el gobierno de la España ulterior (Portugal y Andalucía), pero sus acreedores no le hubieran dejado marchar, si Craso no hubiese salido fiador suyo por 830 talentos. Llegado á España, hizo la guerra, con razon ó sin ella, prosiguiendo sus conquistas hasta las costas del Océano, volviendo bastante rico para solventar sus deudas. Renunció á los envidiados honores del triunfo por obtener el consulado, y con este objeto se manejó de tal manera entre Craso y Pompeyo, jefes de las facciones opuestas, que se ganó la voluntad de ambos, y formó con ellos una especie de triumvirato que les hacia dueños de la direccion de los negocios públicos. Concedió el Senado grandes elogios á César por haber dado fin á una enemistad peligrosa; pero Caton se apercibió que Roma habia perdido la libertad.

Nombrado César cónsul (59), deseaba por colega á Lucio Irro, hombre instruido, pero poco versado en la administracion. El mismo Caton propuso al Senado *dejar dormir la ley*, y comprar votos para Calpurnio Bibulo, quien consiguió su objeto. No impidió aquello á César ejercer cierta especie de dictadura, bajo una apariencia de gran popularidad. Propuso una ley agraria por la cual se repartian muchas tierras del dominio de la Campania entre ciudadanos pobres que tuviesen por lo menos tres hijos. Si no bastaban estas tierras, debia comprarse lo que se necesitara á los particulares, sirviendo de norma la tasacion de la renta, sobre los tesoros traídos de Asia. Era una proposicion muy prudente, puesto que se trataba de hacer producir campos desiertos con el trabajo de una multitud ociosa y hambrienta. Recomendábase tambien bajo otro aspecto, por no poderse hacer nada sin la cooperacion del Senado, al cual quedaba la eleccion de los comisionados.

Ningun senador le combatió abiertamente, pero siempre se dilataba. Como al cónsul agradaba esta manera de obrar, le declaró Caton, su adversario constante, que la distribucion de las tierras, tal como la proponia, no ofrecia ningun inconveniente; pero que podia tener resultados funestos despues y que no convenia al Senado ver á César conciliarse la multitud con

las riquezas públicas. Rechazaron con tenacidad su colega Ribulo y otros senadores la ley, bajo pretexto de que no era bueno introducir novedades en la administracion.

Indignado César convoca la asamblea del pueblo, le expone el hecho, y volviéndose á Pompeyo y Craso les pide expresen su opinion en términos claros y precisos. Ambos declaran que **no sólo** aprueban al cónsul, sino que harán todo lo que dependa de ellos para apoyar su ley contra los oponentes; *aun cuando tuviese, añadió Pompeyo, que defenderla con la espada y el escudo*. Como se puede pensar, tomó el pueblo la cosa por su cuenta; Bibulo que resistia obstinadamente vió rotas sus insignias, maltratados á sus lictores y él mismo herido en el tumulto; espantados los demas guardaron silencio y pasó la ley.

Solo Caton persistia en rechazarla, áun cuando fué amenazado con el destierro; pero diciéndole Ciceron que si él podria pasarse sin Roma, Roma **no** podria pasarse sin él, acabó por convencerse y aprobó la ley. Retiróse Bibulo de los negocios, de modo que todo el poder quedó en manos de César, quien se unió más estrechamente á Pompeyo, casándose con su hija y haciendo sancionar por el Senado lo que habia hecho en Asia. Despues se ganó el afecto de los caballeros reduciendo á una tercera parte la renta de impuestos. Vendió (58) la alianza de Roma al rey de Egipto y á Ariovisto rey de los suevos; despues se hizo adjudicar por cinco años las provincias de las Galias y de la Iliria. Pensaba adquirir gloria en estos puntos por la conquista y formar en ellos un ejército aguerrido y que le fuera afecto. A la noticia de que los helvecios, habitantes de las montañas se disponian á penetrar en la Galia por Génova, acudió César para poner á cubierto esta provincia; y en ocho dias, rapidez prodigiosa, se encontraba á las orillas del Ródano.

Extendíase la antigua Galia desde el Rhin hasta el Mediterráneo y el Po, y desde el Atlántico hasta la Germania, considerando á la Bretaña y la Irlanda como apéndices. Los pueblos que le dieron nombre, llegaron ignorantes y groseros de las comarcas de Asia; despues de haber andado errantes largo tiempo en la gran selva Hercinia, que entonces ocupaba el Norte de la Europa y del Asia hasta las fronteras de la

China, se establecieron en los bosques alrededor de los Alpes, de los Pirineos y de los Cevenos, poblados entonces de fieras que despues han desaparecido. Habitaban en chozas, teñíanse el cuerpo y el rostro de encarnado y azul para inspirar espanto, y se dividian en pequeñas partidas, de las cuales varias formaban una tribu y varias tribus una confederacion. Más tarde acudieron los cimbras, tambien indogermanos, pero ménos salvajes, teniendo artes que les eran propias, una organizacion social, religion más pura y cierta gerarquía entre los sacerdotes. Comenzó entonces entre aquellos dos pueblos la lucha que hemos encontrado en todas partes entre invasores é indigenas. Cambiáronse las razas, introdujóse una nueva organizacion social en la cual prevaleció desde luego el druidismo de los cimbras; despues fué dominado el poder teocrático por la democracia. Encontramos, pues, dos religiones tan pronto asociadas como en rivalidad, conservando una de ellas vestigios de las tradiciones primitivas y con semejanza á las religiones misteriosas de la Grecia; la otra vulgar, abundante en supersticiones y locuras. Esta tributaba culto á las fuerzas naturales y aquella á una inteligencia infinita, eterna, creadora de la materia y de los dioses, y cuyas facultades se personificaron despues. Teut ordenó la materia; Hesus presidia la guerra; Ogmios era el símbolo de la fuerza y de la elocuencia; Keruo, Vodan y Belen figuraban otras atribuciones divinas.

Parece que la unidad del dios galo hubo de descomponerse dos siglos antes de J. C. César halló el politeísmo en las Galias, y designó los dioses del país al estilo romano con los nombres de Júpiter (Tu Tarains), de Mercurio (Ogmios) y de Apolo (Abellion, Belemon, Belenus, Peninus), cuya figura era un ojo. Tambien el sol era objeto de la veneracion de los galos y celebraban sus misterios el 25 de Diciembre, difrazándose con pieles y con cabezas de animales. Dábanle por compañera á Belisana, ó Belinuncia, la luna, que llamaron los latinos Venus ó Minerva, así como denominaron Marte á su Cámulo, por sobrenombre *Scymon*, es decir, rico.

Toda la doctrina práctica de los druidas se reducía á tributar un culto á dios ó á los dio-

ses, abstenerse de las malas obras, mostrarse intrépidos en los peligros. De tal manera creian los galos en la inmortalidad del alma, que sepultaban con el difunto ó quemaban en su misma pira sus registros de gastos é ingresos como si hubiera tenido que dar sus cuentas en la otra vida: hasta tomaban el dinero prestado bajo la obligacion de restituirlo en el otro mundo, y escribian á los muertos cartas, que depositaban en su sepulcro ó sobre su hoguera.

Consideraban el huevo como sagrado á semejanza de otras naciones y le ponian en la boca de una serpiente mística. Creian asimismo que su antiguo dios habia sacrificado á su propio hijo para expiar las culpas de los hombres. Sabemos muy poco de su culto: solamente los antiguos encontraban en él analogía con los ritos de los persas. Así como el fuego era para éstos últimos emblema de la divinidad, lo era para los druidas la encina, y era una solemnidad nacional, cuando el sexto dia de la luna iban á recoger el muérdago con una podadera de oro. Tambien ofrecian al terrible Heso sacrificios humanos; para este fin se llenaba de hombres una jaula de mimbres, á que se daba la figura de un gigante, y se la prendia fuego. Parecía que era indigna la divinidad de que se la encerrase entre paredes, y para tributarle un homenaje de agradecimiento arrojaron á las olas cuando hieieron sufrir á Cepion derrota, todo el botín, los caballos y los soldados.

Aunque en tiempo de César no gobernasen los druidas al pueblo, habian conservado gran parte del poder, puesto que elegian anualmente los magistrados de cada una de las ciudades, y á pesar de ejercer éstos la autoridad suprema, no les era dado convocar al pueblo sin su beneplácito. Con el ejercicio del poder judicial acontecia lo mismo. Igualmente los druidas instruian y dirigian á la juventud en todo, á excepcion de lo concerniente á la guerra, por estar exentos los sacerdotes del servicio militar y de los impuestos.

Lejos de formar una casta como en Oriente podian agregarse á aquel que le pluguiese, hasta un extranjero. Elegíase el gran druida á pluralidad de votos, y si se suscitaba alguna disputa se decidia con las armas. Se vestian los druidas de blanco, como los magos; iban delante del pueblo cuando marchaba al combate,

entonando himnos, y celebraban reuniones anuales en el país de los carnutos (Chartres).

Hubo entre los druidas la particularidad de que comunicaban su doctrina y sus ritos á las mujeres que, dedicadas al sagrado misterio, eran reputadas por santas é inspiradas. Vestidas también de blanco con un cinturón de metal, vaticinaban lo futuro con arreglo á la observación de los fenómenos naturales y de las estrellas, pero más todavía en virtud de la inspección de las víctimas humanas. Cuando se llevaba allí un prisionero acudían ellas con los pies desnudos, espada en mano, y después de haberle derribado le arrastraban á orillas de un foso. Allí la druida principal le hundía el cuchillo en el pecho, y sacaba augurios, según el modo con que brotaba la sangre de la herida: otras le abrían en seguida el vientre y examinaban sus entrañas. Algunas guardaban una virginidad perpétua; otras observaban continencia en el matrimonio, salvo el día en que eran fecundadas; las de última clase asistían á las demás en sus funciones. Nueve mujeres druidas servían de oráculos en la isla de Sein, en las costas de la Armónica; pero no revelaban el porvenir sino á los marinos que habían hecho expresamente el viaje. Imponían preceptos á la naturaleza, curaban las enfermedades, desencadenaban ó aplacaban los vientos, se transformaban á su antojo. Otras, que residían en la embocadura del Loira, debían demoler una vez al año y en el espacio de una noche á otra, coronadas de yedra y de verdes ramas, la techumbre de su templo, quitar de allí sus materiales, llevar otros nuevos y reconstruirla enteramente. Si una de ellas dejaba caer alguno de los materiales sagrados, sus compañeras se arrojaban sobre ella ahullando, la mataban y desparramaban sus sangrientos despojos. Mantuviéronse las druidas en crédito sumo hasta el momento en que empezó á divulgarse el cristianismo; entonces adquirieron mala fama y vinieron á ser objeto de horror bajo el nombre de hadas, pitonisas, hechiceras. No debían los druidas escribir nada, sino aprender de memoria cierta cantidad de versos que abarcaban su doctrina; confiada únicamente á la memoria pereció con los que la enseñaban. A semejanza de los otros colegios de sacerdotes poseían los druidas conocimientos astronómicos y cosmo-

gónicos. Creían que Apolo habitara diez y nueve años con ellos, lo cual corresponde á un ciclo de la luna; conocían la opacidad de este planeta, y según Hecateó, los druidas de la Gran Bretaña habían descubierto en el mismo montañas y rocas. Contaban también el año por las fases de la luna, y empezaban los meses en el primer cuarto. Su siglo era de treinta años, y después de ellos coincidían el año civil y el año solar, lo cual prueba una intercalación de once lunas. Por este motivo se representa comúnmente á los druidas con una media luna en la mano. Plinio habla también con elogio de sus conocimientos filosóficos y de sus adelantos en la medicina, si bien se mezclaban en ella muchas supersticiones. Sus bardos acompañaban el ejército, exaltando el valor de los guerreros con sus cantares, que celebraban á los antiguos héroes, y prometían la gloria y la eterna ventura á los valientes caídos en el campo de batalla.

Después de los druidas venían los caballeros que formaban la aristocracia guerrera, y elegían á los jefes civiles y militares, temporales ó vitalicios; pero cuando fué disminuyendo la autoridad de los primeros, adquirió el pueblo de las ciudades influjo, y de consiguiente el derecho de elegir á los reyes.

Así como los particulares se agrupaban en torno de un caudillo, se asociaban los estados á un estado más considerable, en virtud de ciertas reglas federales. Quedaban como súbditos los pueblos conquistados. Después de ellos venían los clientes, independientes de todo punto de su patrono, de que podían cambiar á su albedrío. Enviaban los pueblos confederados á la reunión común representantes encargados de observar discreción suma. Todo el que averiguaba una noticia importante estaba obligado á comunicarla, primero á los magistrados, quienes podían imponerle silencio. Al revés, si era útil divulgarla, hacían que se transmitiera rápidamente á la extremidad del territorio con el auxilio de los paisanos, que la repetían á gritos mientras trabajaban en los campos. Mas como acontece siempre, las rivalidades y los odios impedían á estas pequeñas naciones estar entre sí acordes, y se observaban más bien una á otra con una mirada de envidia.

Eran los galos de un genial vivo é inquieto,

formados para la pelea y especialmente para el ataque, si bien poco idóneos para los refuerzos continuos. No eran extraños á las artes de la paz, y habían aprendido de los fenicios y de los griegos á arrancar á la tierra los metales con que traficaban. Así como los españoles sobresalían en templar el acero, templaban los galos admirablemente el cobre. Trabajaban los biturigos y los eduos maravillosamente el oro y la plata. También aprendieron los alesios á amalgamar la plata con el cobre, y hacían de esto adornos para los caballos y para los carros. Teñían y teñían con bastante habilidad, y se les atribuía la unión de las ruedas al arado, la invención del tamiz de cerda y el uso de la marga como abono. Sus ciudades no estaban ceñidas de murallas, sino de ciertas empalizadas particulares, detrás de las cuales se refugiaba al primer rumor de guerra la población desparramada por la campiña.

Determinaba el valor la elección del general, á quien seguían, en clase de voluntarios, los que le habían elegido, excepto en el caso de guerras intestinas, en que se hacían reclutamientos forzados, condenándose á los contraventores á cortarles las orejas ó á sacarles los ojos. En caso de peligro convocaba el jefe al *consejo armado*, lo cual producía una empresa sin efecto; todos sin excepción debían reunirse entonces en el lugar señalado, para deliberar acerca de la guerra que debía acometerse. Se ponía en tormento al último que llegaba á presencia de todos; llevaban consigo perros de caza adiestrados en rastrear al enemigo y en defender al bagaje.

Primero daban muerte á sus prisioneros de guerra, á quienes hacían blanco de sus dardos, cortándoles la cabeza para llevarla en la punta de sus picas, ó colgadas del pretal de sus caballos. Luego que llegaban á sus moradas las clavaban sobre sus puertas en testimonio de su valentía, con las de las fieras que habían matado en la caza. A veces también las embalsamaban, las conservaban preciosamente, como imágenes elocuentes, destinadas á que sus hijos conservaran memoria de ellos, ó bien les servían los cráneos de copas para los sacrificios y para los banquetes.

Hablaban con voz áspera y fuerte en términos hiperbólicos y concisos. Cuando un perso-

naje de consideración era muerto se ponía á sus mujeres en el tormento, y á la menor sospecha se las condenaba á morir en las llamas. No obstante, en tiempo de César entraban en comunidad los bienes de los esposos; señalaba el marido á la mujer una viudedad igual al dote que le llevaba, y este capital reunido quedaba con los intereses para el que sobreviviera. En algunas naciones de la Galia Bélgica el marido que concebía dudas acerca de la fidelidad de su esposa, cogía al niño que acababa de dar á la luz del mundo, y le abandonaba sobre una tabla á la corriente del río; si sobre nadaba, desaparecía toda sospecha; si se sumergía, era una prueba irrecusable de la maternal culpa.

Ya hemos dicho algo de las construcciones célticas, y llenas están de ellas las dos Bretañas insular y francesa. Algunas son *tumuli*, que tienen hasta treinta y dos metros de altura y ciento de circunferencia en su base; otras son largas hileras de toscos obeliscos, en redor de las fuentes ó de las piedras para los sacrificios. Alzabase á algunas millas de Rennes el mayor edificio druídico en figura de bastidor rectilíneo, de treinta y seis pies de longitud y de doce de ancho hacia el fondo. Cinco piedras achatadas forman la cubierta del templo; además doce en la parte delantera, cuyas proporciones son diferentes. Un espacio de cerca de tres pies separa el peristilo del edificio principal, cuya entrada se abre bajo el primer techo y está formada por dos piedras enhiestas como muro de separación y sólo tiene de anchura una tercera parte del vestíbulo. Tres compartimientos practicados hacia el Nordeste debían servir para las ceremonias misteriosas. Compónese todo el edificio de treinta y seis piedras, y á dos de ellas denominan tradicionalmente los paisanos la *cuna* y el *cazo*; y en su totalidad le dan el nombre de la *Roca de las Hadas*. En el año 1835 se han descubierto en la punta de Primel, en Bretaña, monumentos druídicos. Aquel llamado en el país *Bacheau-an-ben*, es decir, Campo del Sepulcro, ofrece un recinto druídico de treinta y cinco pies de largo y de tres y medio de ancho, compuesto de veinte enormes piedras plantadas en forma de cuadrilongo. Al Nordeste y hacia el mar hay una piedra de cuatro pies de altura, como un pilar

que acota, y designada con el nombre de *Maen-ar-Bionh*; á poca distancia hay una eminencia sonora que se prolonga á lo largo de la playa hasta las ruinas llamadas *Castel-ar-Salaa*, y debia abarcar un grande espacio. Continúa la Francia sábia con ardor ejemplar sus investigaciones respecto de esta clase de construcciones que en breve hab.án suministrado suficientes ejemplos para establecer una teoría completa.

Hemos visto establecerse en las riberas de esta feroz Galia á la colonia jónica de Marsella, ejemplo de corrupcion y foco de discordia para el país circunvecino. Los romanos á quienes habia llamado despues de haber asegurado su dominacion en la Galia Cisalpina y en la Provenza, se habian hecho temibles para la independencia de un pueblo que en otro tiempo habia amenazado la suya. Hé aquí que se adelanta en su contra (63) un mancebo de pálido rostro, fatigado por el vicio y por la epilepsia, pero de locucion fácil, alegre camarada, hábil en preparar sus golpes por la política, y en que los de su espada fuesen mortales.

Habia sucumbido entónces entre los belgas la teocracia de los druidas con los cimbras, que ya no conservaban en esta comarca más que la colonia de Aduat. Asimismo prevaleció la aristocracia feudal entre los arvernios y los iberos de la Aquitania, habiendo tenido los druidas, para sostener su autoridad en la Céltica y combatir el espíritu de tribu, que favorecer la formacion de los concejos libres en las grandes ciudades, que elegian los jefes ya vitaliciamente, ya por un tiempo determinado.

Encontrábase, pues, dividido el país en dos facciones; en una de ellas, se encontraban al frente los druidas y los magistrados electivos de las ciudades, y en la otra, los jefes hereditarios de las tribus. Dominaban en la primera los eduos (Autun), en la segunda, los arvernios (Auvernia), y los secuanos (Franco-Condado), y ambos partidos recurrían en sus fraticidas querellas á la intervencion funesta del extranjero. Orgullosos los eduos con la alianza del pueblo romano, cierran el Saona á los secuanos é impiden su comercio de ganado de cerda: éstos en venganza llaman de la Germania las tribus designadas por el nombre comun de los suevos. Guiados por Ariovisto (*Ehren Fest*), pa-

san el Rhin y hacen de los eduos sus tributarios. Pero no ménos temibles á sus aliados que á los enemigos que habian venido á combatir, se apoderan los suevos de una tercera parte de las tierras de los secuanos, segun costumbre de los conquistadores germanos, y exigen aún otro tanto.

Reconcilió la comunidad de infortunio á los eduos y secuanos, quienes para libertarse de los suevos, buscaron socorros extranjeros. Ejercian dos hermanos entre los suevos la principal autoridad; uno de ellos, Dumnorix, se unió á los galos helvecios, y les comprometió á bajar de sus montañas á las llanuras de la Galia; el otro, llamado Divitiaco, que era druida y habia huído de su pátria por no ser testigo de su humillacion, acudió á Roma de la que reclamó ayuda, invocando la amistad prometida. Pero el Senado fluctuó mucho tiempo ántes de decidirse. Sin embargo, aquel que habia generosamente resistido á Ariovisto, habiéndose dejado deslumbrar por el lujo y las artes de los romanos, creyó que podria trasladarle á su país: pero por desgracia confundió la civilizacion con Roma, y por amor á la primera se hizo instrumento y cómplice de la segunda.

Mientras el Senado diferia aún declararse, se sabe que los helvecios se ponen en camino (61), no ménos temibles y numerosos que los cimbras y teutones. Poco satisfechos estos montañeses con su territorio, donde venian á pasar y combatir todos los bárbaros que alternativamente se lanzaban al antiguo mundo para devastarlo, prestan voluntariamente oídos á las sugestiones de Orgetorigo, uno de sus principales jefes, y adoptan la resolucion de establecerse en las costas del gran Océano. Habiendo incendiado, pues, sus doce ciudades y cuatrocientas aldeas, con todos los muebles y provisiones que no podian llevar consigo, anunciaron su intencion de ganar el país de los santones (*Saintes*) entre las embocaduras del Charento y del Garona para fijarse en él; despues se dirigieron en número de treientos setenta y ocho mil hácia la Galia romana.

Al primer rumor de su marcha, habia mandado comisionados el Senado á las ciudades trasalpinas, para asegurarse de su fidelidad, y concertar los medios de defensa. Por otra parte no titubeaba ya en tomar bajo su protec-

cion á los eduos y demás aliados; pero en lugar de cuidar de libertarlos de la tiranía de Ariovisto, habia enviado embajadores al guerrero suevo, con presentes considerables y el título de rey, prometiéndole no turbarle en sus posesiones. Llega César cerca de Génova, hace cortar el puente sobre el Ródano, reúne todas las fuerzas de la Galia narbonense, aprovisiona los fuertes y entretiene con palabras á los helvecios, que no le pedian más que el paso franco. Viéndose impedidos por esta parte, tuvieron que internarse en los ásperos valles del Jura, para remontar el Saona, favorecidos en su marcha por Dumnorix y los eduos, pero César les alcanzó pasando el rio, les derrotó y exterminó la tribu de los tigurinos. Otra señalada victoria le colocó en posicion de no temer nada de aquellos emigrados ni de los malévolos aliados. Viéronse forzados los helvecios á volverse á sus montañas y fueron cogidos y tratados como enemigos seis mil de ellos, por la caballería romana que los alcanzó cuando huían hácia otra parte.

Llegaban felicitaciones á César de todas partes de la Galia, pero al mismo tiempo tambien se presentaban quejas contra la tiranía de Ariovisto. Habia, en efecto, llevado este jefe la arrogancia y la crueldad hasta el exceso; pero sólo este motivo no hubiera determinado á César á atacarle, si no hubiera considerado que el interés de la república y el suyo propio lo exigian. Dueños aquellos romanos de la Secuania, no se encontraban separados de las posesiones romanas más que por el Ródano. Este era suficiente pretexto para quien no habia ido á la Galia con otro objeto que el de procurarse gloria, poder y esperanzas. En una conferencia que Ariovisto tuvo con César le recordó el título de amigo que habia obtenido de los romanos, le prometió no causar ningun daño á la provincia y áun hacer la guerra á los enemigos de Roma; al mismo tiempo le invitó á que pensase con qué gentes tendria que habérselas, si le incomodaba en su conquista. En efecto, aquellos germanos de gigantesca estatura, indomables á la fatiga, no habian dormido hácia cuatro años bajo techado. Circulaban entre los romanos espantosas relaciones sobre su enorme estatura y sobre su ferocidad, tanto que el más valiente hacia testamento antes de marchar contra ellos. No

por eso deja César de declarar la guerra, reanima el valor de sus tropas, las conduce á Besanzon, y llega á ofrecer la batalla á los suevos en las orillas del Rhin. Las mujeres de éstos, que practicaban entre ellos el arte de la adivinacion, querian que se difiriese el combate hasta la nueva luna, por la observacion que habian hecho de los torbellinos del rio y del ruido de sus olas. No hubo necesidad de más para hacer perder el valor á los supersticiosos germanos, cuando se vieron precisados á venir á las manos, y para que quedasen entregados á una destruccion completa. Perdió Ariovisto en este desastre dos mujeres y dos hijos, y él mismo sobrevivió poco á su fuga. De esta manera fué como César abatió en una campaña dos enemigos formidables.

Entregóse la Galia á la alegría, pero cuando vió que César no conducia á las tierras sometidas á Roma sus victoriosas legiones; que organizaba el país como una conquista, conservaba los rehenes y cobraba las contribuciones, notó que no habia hecho más que cambiar de dueño. No tardó el descontento en manifestarse. Conciértanse entonces los pequeños estados del Norte, y forman con los mayores una línea defensiva (57). Concibe recelos César, aumenta el número de sus tropas y marcha contra la Bélgica, adonde es llamado por facciones opuestas á los descontentos, y probablemente tambien por la de los druidas. Comienza, pues, la guerra, en la cual es secundado por aquellas divisiones, al paso que encuentra fuertes obstáculos en las selvas vírgenes, en los impracticables pantanos, en los bosques defendidos por árboles cortados, y de donde salian furiosos en número de cien mil para defender su salvaje independencia, los suessiones; bellocos y nervianos (Picardia, Mainaut y Elandes). Resistieron enérgicamente los galos belgas á fuerzas superiores. Apenas uno de sus guerreros caia en primera fila, era al momento reemplazado por otro; eran, por confesion del mismo César, hombres intrépidos, que no titubeaban en atravesar un gran rio, en subir á inaccesibles rocas, en atacar al enemigo en una posicion ventajosa; tan débiles parecían los obstáculos á su valor.

Consignió, no obstante, vencerlos. Fueron exterminados los nervianos, fingieron rendirse